

el texto es la sospechosa relación entre locura-pobreza; la autora asegura que muchos de los enfermos mentales (hombres y mujeres) provenían del interior de la República y no contaban con los recursos suficientes para solventar gastos en pabellones de mayor calidad. Podría caerse en fatalismos si pensamos que la locura e incluso la criminalidad sólo se produjeron en contextos de desamparo social. El manicomio también albergó gente de grandes fortunas, hacendados, mercaderes, profesionistas y herederos despilfarradores que fueron llevados por sus familias para resguardar su prestigio y patrimonio. La población psiquiátrica durante la década revolucionaria fue diversa, heterogénea social y culturalmente; si relacionamos de facto pobreza-locura, podemos victimizar a los locos del manicomio y reproducir la imagen estigmatizada de la enfermedad mental en condiciones liminares. Asociar el desamparo social con la emergencia de psicopatías representa un problema historiográfico a discutir.

Con la lectura de *La Castañeda*, el lector puede comprender por qué los manicomios resguardan, hoy en día, historias de anonimato que reclaman un espacio para el diálogo con el pasado y, como lo describió Lem, estos establecimientos son “los museos de las almas” donde un visitante arrojado y sensible al otro puede contemplar abiertamente las voces de la otra razón.

José Antonio Maya González
Instituto Dr. José María Luis Mora

PABLO ESCALANTE GONZALBO, PILAR GONZALBO AIZPURU, ANNE STAPLES, ENGRACIA LOYO BRAVO, CECILIA GREAVES LAINÉ Y VERÓNICA ZÁRATE TOSCANO, *Historia mínima. La vida cotidiana en México*, México, El Colegio de México, 2010, 293 pp. ISBN 978-607-462-201-0

A fines del siglo xx la hegemonía de la historia cultural ha sido valorada como un “*tournant*” mundial en la historiografía. La influencia de la antropología ha generado un enorme interés entre los historiadores por enlazar comportamientos sociales y sistemas de valores y símbolos. No es de extrañar que, como reconversión de la historia de las mentalidades y por influencia de la antropología histórica, el campo de investigación más demandado entre las nuevas formas de historia cultural sea “la cultura de todos los días” (cuerpos, alimentación, vestimenta, espacios, bailes, palabra, olores, ruidos, consumos, lectura...). La consecuencia más negativa e inmediata ha podido ser la fragmentación de los estudios de historia de la vida cotidiana al amparo del calificativo de historia cultural que todo lo ampara, aunque no todo lo valga. Iniciativas como la que reseñamos son imprescindibles para evitar este cuarteamiento o desmigajamiento de los estudios.

Aunque entre numerosos filósofos, sociólogos, antropólogos o historiadores decir “vida cotidiana” sea aún sinónimo de banal, superficial, masa, vulgar, ordinario, repetitivo, esta caracterización ya no es ni correcta ni posible. Recordando a Michel de Certeau y a Roger Chartier, la vida cotidiana en la historia fue el escenario donde se desplegaron elaboradas estrategias de dominación e interesantes tácticas de supervivencia. Lo rutinario fue parte de lo cotidiano, como también lo fue la excepción. En su diario discurrir se impusieron normas y coerciones, pero paralelamente se elaboraron alternativas y creaciones. Sería insuficiente, pues, elaborar una historia social y cultural de la vida cotidiana que únicamente recogiese la historia de la aceptación de los principios inculcados o de las identidades impuestas, sin abordar la historia de resistencias, de rechazos o de mixtificaciones culturales.

Es cierto que la historia de la vida cotidiana clásica considera lo cotidiano como lo habitual, donde domina lo repetitivo y rutinario, lo estable, lo sometido al orden establecido. Sin embargo,

ésta también debe permitir conocer las luchas, las tensiones diarias. Las historiografías brasileña y mexicana son las que mejor han captado este permanente juego de rutina y espontaneidad, tensiones, recurriendo a conceptos como violencia simbólica y a términos como negociación o resistencia. No en vano la pionera y maestra de la historia de la vida cotidiana mexicana, Pilar Gonzalbo, propuso una sugerente interpretación que se ha convertido en una reflexión imprescindible para cualquier historiador que, a un lado u otro del Atlántico, se interese por investigar en este campo:

La historia de la vida cotidiana nos enfrenta con testimonios procedentes al menos de dos campos opuestos: el de aquellos que fueron fieles a las normas y el de otros individuos, igualmente comunes, pero cuyos puntos de vista no siempre coincidieron con los dictados del gobierno o de la moral imperante y cuyas prácticas cotidianas pudieron estar en contradicción con lo que ingenuamente aceptaríamos si creyésemos que siempre se cumplían las normas”.¹

Bajo esta premisa se comprende que en *Historia mínima de la vida cotidiana en México* no sólo se explique el discurrir diario, emocional y materialmente, de los mexicanos, sino que también se exponga lo que había de latente tras las reglas aceptadas por ellos o, más difícil aún, lo que acaso podían ocultar tras comportamientos devotos, serviles, sumisos o inocuos. En ese espacio de intersección entre las normas y las inevitables transgresiones los autores de este libro ponen el foco con mayor o menor intensidad o rigor, sin olvidar que hubo también negociaciones que implicaron una aceptación parcial de las normas y de las transgresiones. Infinidad de casos y de indicios que se hallan en los

¹ Pilar GONZALBO, Introducción a *La historia de la vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 2006, p. 19.

archivos y que fueron las fisuras que inspiraron tantos discursos morales y no menos normas.

Dividido en seis capítulos con un criterio cronológico, este libro ofrece al lector una excelente síntesis de la historia de la vida cotidiana en México hasta el tiempo presente, como el resultado de complejos procesos de tensiones, conquistas, revoluciones, encuentros y negociaciones. El fresco resultante de la vida cotidiana en los principales núcleos urbanos y rurales mexicanos es, no obstante, desigual.

Pablo Escalante centra principalmente su atención sobre la vida cotidiana en las urbes nahuas del valle de México y su entorno. Como reconoce él mismo, el principal condicionante es la información disponible al respecto. Pero he aquí el mayor acierto de este historiador: construir una imagen quizás más completa y detallada de lo que a priori permite una lectura lineal y superficial de las fuentes. Entiéndase, pues, párrafos como los siguientes: “Lo más probable es que los campesinos realizaran su jornada descalzos y al regresar a casa sus mujeres les recibieran ofreciéndoles agua y les lavarán los pies” [...] “Algunos relatos nos permiten imaginar a la gente del barrio reunida en plazole-tas, conversando” (pp. 15, 26). Es lícito que donde no lleguen las fuentes alcance la intuición del historiador basada en datos parciales o indirectos:

En resumen, hay estos y algunos otros indicios de lo que parece haber sido una discordancia entre los intereses y las normas comunitarios, tradicionales, y el afán de regulación y control de un Estado que intentaba, por diversos medios, afirmar su autoridad sobre unas comunidades que por razones económicas y políticas siempre tuvieron cierta autonomía (pp. 29-30).

El paradigma indiciario, como lo denominó Ginzburg, es magistralmente aplicado y entrecruzado por el profesor Escalan-

te con informaciones extraídas de los códices o de fuentes coloniales tempranas. Su capítulo es una singular y fina obra de alta divulgación, donde el lector puede oír conversaciones, insultos, sonidos de tambores, campanas o trompetas [...] pasearse por plazas de mercado al amparo de la oscuridad, ver a los vagabundos cómo “levantaban restos de comidas y que llegaban a disputárselos a los perros”, incluso sentir “el roce de la banda de henequén en la cabeza, durante horas”, y todo ello inmerso en un mundo de supervivientes, marcado ya por las heridas y rupturas que supuso la conquista española.

La vida cotidiana en la Nueva España es un capítulo magistral donde queda sobradamente demostrado que la historia de la vida cotidiana no ha de ser obligatoriamente un historicismo vulgar, un retorno al positivismo ramplón y anecdótico, ni siquiera una exaltación de la rutina de la vida cotidiana –como elemento definitorio– frente a las tensiones excepcionales. Con un esquema similar al capítulo anterior, la profesora Gonzalbo recorre los espacios públicos y privados y traza los rasgos principales de las representaciones, creencias y costumbres de los hombres y mujeres “novohispanos”, para concluir que aquellos pobladores del “virreinato apenas compartían algunas creencias comunes y aspiraciones de bienestar y felicidad casi siempre frustradas. Y esa diversidad fue, en definitiva, el elemento esencial en la formación de la identidad mexicana” (p. 50). Este hecho incontestable no es óbice para la reconstrucción de las prácticas sociales y culturales cotidianas, eso sí, marcadas por una permanente tensión entre el ser y el deber ser, entre el vestir y el aparentar, entre el decir y el pensar, entre la esfera privada y la esfera pública: “Ser español significaba ser persona ‘decente’ [...] independientemente de la proporción de genes de origen ario, africano o americano que tuviese” (p. 61). Es muy significativo que cuando las autoridades judiciales tuvieran que definir a un español, un mulato, un mestizo o indio utilizasen expresiones como “al parecer”, “dice

ser” o “es tenido por”, aunque, como subraya Pilar Gonzalbo, en última instancia los indios y los esclavos eran los que ocupaban los escalones más bajos cuando de niveles de vida material se trataba. Una vez más la singularidad de las fuentes para una aproximación lo más certera y verídica posible a la vida cotidiana en aquellos siglos, es una amalgama de documentos de distinta naturaleza y origen, pero es también la consecuencia directa del ojo crítico del historiador: “Frases aisladas en algún documento pueden informarnos de resentimientos o de lealtades, de tenacidad y de claudicaciones en actitudes de aprecio o rechazo” (p. 77).

Si la historia de las mujeres ocupa un lugar central en el capítulo sobre el cambiante periodo colonial, Anne Staples inicia el siglo XIX con una detenida exposición sobre las mujeres y sus desafíos cotidianos y, sobre todo, sobre su papel central: “Durante décadas se temió la rebelión de los indios [...] pero causaba más pavor la idea de que las mujeres fueran a dejar sus deberes y valores tradicionales” (p. 123). A la ruptura que supuso la conquista hay que sumar una segunda gran quiebra. El impacto del nuevo orden que se impuso tras la Independencia cuestiona las conocidas interpretaciones indigenistas que ponen el acento destructivo en el periodo colonial. Para la profesora Staples no hay duda de que la contemporaneidad supuso que los indios tuviesen que “abandonar su idioma, su religión sincrética y sus tierras para convertirse en gente de la ciudad y, por añadidura, en ciudadanos [...] Muchas tradiciones que se atribuyen a la época colonial fueron inventadas en el siglo XIX” (p. 128). Una historia comparada de la vida cotidiana en el mundo hispánico desvelaría cuántas similitudes pueden hallarse entre el proceso de incautación de tierras comunales e inmediata proletarización de buena parte del campesinado español y las usurpaciones y humillaciones que tuvieron que soportar los campesinos mexicanos en los inicios de la época contemporánea y de la implantación de los regí-

menes liberales.

La exposición de la vida cotidiana en el México contemporáneo se plantea, no obstante, desde una metodología y un uso de las fuentes sensiblemente diferente de los utilizados en los dos primeros capítulos de este libro colectivo. La descripción de la vida cotidiana en el siglo XIX, sin dejar de ser atractiva para el lector, es planteada con un enfoque que incide más sobre la rutina que sobre el cambio y el desorden, aunque la autora recuerde que “la enorme brecha entre lo dictado y lo cumplido habla de lo que la sociedad percibía como un problema. Repetir las prohibiciones sugiere que no desaparecía su causa” (p. 152) o que los intentos normativos de los ayuntamientos no siempre lograban su objetivo, “indicio de que la gente encontraba válvulas de escape a sus frustraciones o ira” (p. 161). En definitiva, para Staples los ritmos de la vida cotidiana se mantuvieron, y si hubo cambios éstos se produjeron durante el porfiriato y en ámbitos urbanos.

La vida cotidiana en el México revolucionario (1910-1940) es, en esencia, la historia de “muchos Méxicos”. Es entre este capítulo y el anterior donde el lector puede hallar más intersecciones o repeticiones al tratar ambos, aunque con extensión e intensidad distinta, los treinta años de la “paz porfiriana”. Sorprende la denominación de los epígrafes. Los años de la Revolución están explicados bajo el apelativo de “La tempestad”, y en este capítulo Engracia Loyo describe los aterradores actos y conflictos que vivieron y sufrieron los mexicanos. La excepcionalidad cotidiana o “vivir a salto de mata”: “El sobresalto, el miedo, la improvisación, las penurias se volvieron cotidianos. Actos rutinarios como traer agua del pozo o hacer viajes para comprar productos de primera necesidad, maíz, jabón, manteca, se volvieron una aventura” (p. 186). Es otra historia de la Revolución y de sus paradojas. Y después vino “la calma”, con su revolución pacífica (con la introducción de la radio) y el imparable proceso de civilización (o de las buenas maneras) que tuvo que padecer o experimentar la

población indígena. Aunque la profesora Loyo reconoce la enorme dificultad de “trazar siquiera un esbozo general de la vida cotidiana de la cincuentena de pequeñas naciones que habitaban en el territorio”, es encomiable su esfuerzo de síntesis en las páginas sucesivas. La lucha por la tierra, las guerras cristeras, las reformas cardenistas, las expropiaciones petroleras... marcan la evolución de México que, a mediados del siglo xx, había alcanzado alarmantes índices de pobreza. De ahí que sea cuestionable la segunda parte de su expresiva conclusión: “México todavía era un país de contrastes y la vida cotidiana un caleidoscopio de formas y colores” (p. 239).

Los “muchos Méxicos” es el hilo conductor que une este capítulo con el siguiente sobre la vida cotidiana entre 1940 y 1980. Cecilia Greaves retoma las ideas eje de este volumen sobre la pluralidad y heterogeneidad de la sociedad mexicana y ahonda en un México que definitivamente se transformó o “se nos fue” a la sombra del progreso y con la fortísima implantación de los “cinturones de miseria”, al tiempo que muchos aspectos de la vida cotidiana se moldeaban según el modelo norteamericano. Son páginas, las escritas por Greaves, que causan cierto vértigo al lector. Una velocidad de transformación solamente atenuada cuando aborda el ámbito cultural y donde, por cierto, se echa en falta la vida cotidiana de la intelectualidad y de las pujantes universidades, del mismo Colegio de México o del papel, minoritario pero importante, de los exiliados españoles.

Cambios y permanencias, migraciones y familias virtuales, despoblados y megalópolis, multiculturalismo y mixtificación, espacios viejos y usos nuevos, espacios nuevos y usos viejos [...] el epílogo de Verónica Zárate cierra un volumen en el que se condensa la historia de México, de los muchos y cotidianos Méxicos. Esta “historia mínima”, destilada en los alambiques de El Colegio, es una magnífica lectura tanto para historiadores como para un público amplio y curioso, interesado en aquella historia donde

los seres humanos anónimos y cotidianos fueron y son los principales protagonistas, es decir, ellos mismos: los mexicanos.

Manuel Peña Díaz
Universidad de Córdoba, España